

Discurso de

JUAN HAMILTON D.

Punta de Tralca, 31 de Mayo de 1985

[www.archivopatricioaylwin.cl](http://www.archivopatricioaylwin.cl)

## I.- SOBRE EL SIGNIFICADO DE LA JUNTA.

11 años atrás, un diplomático extranjero acreditado en nuestro país aseguraba que la Democracia Cristiana no podría sobrevivir a un régimen dictatorial largo y represivo, como el que entonces se iniciaba en Chile. "Uds., los demócratacristianos -decía- no están preparados para vivir fuera de la democracia, carecen de la organización y la disciplina para un trabajo sumergido... su partido irá desapareciendo a medida que se prolongue la dictadura".

Lamentablemente, no erró respecto al régimen que ha ocupado los peores años en la historia de la Nación chilena. Pero, felizmente, se equivocó sobre el destino de la Democracia Cristiana. Si ese diplomático estuviera aquí hoy, verificaría cuán vigorosa esta la D.C., con 30.000 militantes y 1.600 unidades vecinales eligiendo democráticamente sus autoridades a través de todo el país.

Uds. encarnan este gran movimiento, orgullo y expresión de la tradición democrática chilena. Ni la dictadura, ni la decadencia nacional que ella ha ocasionado, ni el deterioro moral, ni el empobrecimiento del país y de la mayoría de los chilenos, nos han hundido. Por el contrario,

la adversidad que, hemos padecido como nación, nos ha reafirmado con mayor exigencia en nuestro lugar de servicio al pueblo de Chile. A pesar de los concurrentes estados de "emergencia", de "sitio", de "perturbación de la paz interior" y de "catástrofe", con la consiguiente privación de toda libertad, ninguno de Uds., en representación de todos los demócratacristianos, ha faltado a esta cita.

Esta reunión es la culminación del proceso democratizador que hemos impulsado, el cual ha servido al desarrollo y movilización de nuestra organización, ha permitido una participación efectiva, aunque indirecta, de los militantes y ha generado un debate necesario que ahora debe culminar.

Contrariamente a lo que algunos temieron, la campaña se ha dado en el nivel adecuado, en torno a posiciones y no a personas y ha demostrado tanto el amplio campo de los acuerdo como también delimitado el área de materias en que existen legítimas discrepancias y que esta Junta deberá dirimir.

Aquí, analizaremos y resolveremos acerca de nuestra contribución a la Democracia que Chile reclama para reemplazar la Dictadura y superar la crisis, la decadencia y el oprobio.

Las fallas que se han detectado en este proceso nada tienen que ver con su naturaleza, sino, por el contrario, son producto de la falta de ejercicio de la democracia interna impuesta por las circunstancias durante más de una década.

No debemos temer practicar al interior del Partido la democracia que estamos recomendando al país. Y debemos hacerlo en términos de respeto entre nosotros, de manera que sea un ejemplo para los demás y un acto de consecuencia con nuestra forma de pensar.

## II.- SOBRE EL PROCESO DEMOCRATIZADOR.

Durante el proceso democratizador debimos afrontar dos desafíos, sobre los cuales hubo diferentes visiones. Por una parte, debimos establecer las reglas del juego internas referidas a los órganos partidarios y a los procedimientos para generarlos. Surgieron de ese modo los Estatutos del Partido, según los cuales hoy nos reunimos. Sobre ellos ha caído una gran gama de críticas fundadas, pero lo cierto es que lograron ser establecidas en acuerdo interno y bajo la presión del tiempo a que fue sometido su despacho. Por eso, hemos propuesto que esta Junta dé mandato a una comisión especial que

//

revise los estatutos para recoger la experiencia vivida y ampliar, hasta donde las circunstancias lo permitan, la participación democrática de los militantes en la elección de todas las autoridades partidarias.

El segundo desafío consistía en determinar si era necesario o no que fuera una Junta Nacional del Partido la que eligiera la mesa Directiva y Consejo Nacional.

Algunos camaradas pensaron que se debía mantener el llamado "consenso" y evitar el proceso de elección de delegados y la Junta misma.

Temían, de buena fe pero equivocadamente, -como los hechos posteriores lo han demostrado-, que la discusión interna llevaría a divisiones. Estimaban, en cambio, que en un grupo presuntamente representativo se podía renovar el "consenso", estructurándose una Directiva que posteriormente sería refrendada por la Junta Nacional.

La proposición del consenso en la cúpula y los intentos para imponerla, especialmente a raíz de la declaración del "estado de sitio" en noviembre último y, renovada a propósito del terremoto de marzo del presente año, esta última vez bajo la presión de la renuncia del Presidente Nacional a su cargo, fueron felizmente frustrados.

Un movimiento como el nuestro, que nació y creció como un partido de principios y que conquistó el apoyo de millones de chilenos por combinar adecuadamente la teoría y la práctica políticas, no podía caer en la tentación de simplificar la política a las decisiones de sus dirigentes y, aunque la dictadura hubiese impuesto un período de emergencia para nuestro funcionamiento interno, era ya hora que abriera paso a las compuertas de la democracia.

La democracia tiene riesgos y ellos originan temores. Sin embargo, para quienes verdaderamente creemos en ella, implica un permanente desafío, siempre presente, nunca enteramente superado, que dignifica al hombre y humaniza la sociedad.

Quienes sean elegidos para dirigir el Partido en los próximos dos años y las líneas de acción y de funcionamiento del Partido que aquí se acuerden, estarán respaldadas por la democracia interna. Esos dirigentes serán plenamente legítimos y los acuerdos no podrán ser puestos en discusión. El Partido habrá resuelto su línea y su dirección de acuerdo a su mejor tradición.

¡Esa es nuestra grandeza! ¡Vivir la democracia, con todos sus riesgos y costos! ¡Saber acatar sus consecuencias!. Esta Junta debatirá intensamente ... pero de este lugar saldremos unidos, a cumplir la línea acordada,

bajo la dirección, de la directiva que elijamos. Aquellos que fuera de estas paredes esperan el espectáculo de un partido dividido o están prestos a buscar interpretaciones para distorsionar lo que aquí se trate, se verán defraudados. Tendrán que entender alguna vez el verdadero carácter de nuestras diferencias, que solo dicen relación con la sana vida de un partido pensante y democrático.

### III.- CARACTERES DE LA CRISIS QUE AFLIGE A CHILE.

Es un hecho doloroso, pero indesmentible, que Chile vive una profunda crisis, sin duda, la más grave de su historia.

No se trata sólo de un reflejo de la recesión mundial; ni de las consecuencias del bajo precio del cobre, ni de las altas tasas de interés.

Es un crisis que trasciende lo económico y que afecta, también, a todos los demás aspectos de la vida nacional: lo social, lo cultural, lo político y lo moral.

En lo económico, la parálisis, la cesantía, el endeudamiento externo e interno y la falta de expectativas, caracterizan la realidad nacional.

Mientras el mundo crece, Chile permanece estacionario. En el último decenio, su producto por habitante no ha subido. El país ha visto cerrarse gran parte de sus industrias, que se habían creado con esfuerzo y eran fuentes de trabajo y de desarrollo.

Desde hace ya varios años, alrededor de un millón de chilenos -entre un cuarto y un tercio de la población activa del país- no encuentran trabajo estable en qué ganarse el sustento.

La deuda externa ha llegado a cifras del orden de los veinte mil millones de dólares, cuyo servicio anual -como inicialmente se convino- excede el valor de nuestras exportaciones y aboca al país al dilema de renunciar a crecer para pagar o dejar de pagar para crecer.

Por su parte, el endeudamiento interno del sector empresarial ha llevado a la quiebra a muchas empresas y constituye una carga inmanejable para casi todas las demás.

En estas circunstancias, los chilenos enfrentamos una realidad económica caracterizada por la miseria, la incertidumbre y la desesperanza.



En lo social, Chile se encuentra dividido por un abismo de desigualdades e incomunicación. Las diferencias entre ricos y pobres han crecido desmesuradamente, no sólo en ingresos y nivel de vida, sino también en posibilidades de satisfacer las necesidades humanas esenciales de alimentación, trabajo, vivienda, salud y educación. El Chile de los sectores acomodados tiene muy poco o nada que ver con el Chile de los pobladores.

Por otra parte, el ostensible deterioro sufrido por el proceso de organización popular y la actitud estatal de prescindencia en las relaciones sociales, han significado dejar a los débiles a merced de los fuertes.

Agrava este cuadro el trato discriminatorio de que son objeto los sectores más modestos, especialmente en los operativos y allanamientos masivos, vejatorios para su dignidad humana, que suelen practicarse en las poblaciones populares.

En lo cultural, la sociedad chilena ha sido casi íntegramente ganada por los valores y hábitos de la civilización consumista, con total olvido de la realidad del país y de las viejas tradiciones nacionales de sobriedad y sencillez. Mientras algunos sectores viven livianamente conforme a esa escala de valores, otros lo intentan en vano y la mayoría sufre la frustración de vivir apeteciendo un mundo que le resulta inalcanzable.

Dentro de este marco, la vida intelectual -científica, artística y académica- constituye un ámbito marginal, asfixiado por la falta de la libertad y por la intervención militar de las Universidades.

En lo político, nuestra Nación, que se distinguió en el pasado por el desarrollo y solidez de sus instituciones democráticas, desde hace más de once años carece en absoluto de ellas. El Gobierno se ejerce con total prescindencia de la voluntad del pueblo, que no tiene cauces jurídicos ni reales para expresarse, ni menos para participar.

Fundada la conducción superior del país en una lógica de guerra, que divide a los chilenos en "amigos" y "enemigos", los derechos humanos más fundamentales son a diario atropellados por "razones de Estado" y toda la vida nacional se desenvuelve -en mayor o menor medida- bajo el control atemorizante de los servicios de seguridad.

En el ámbito internacional, Chile es un país aislado y sin amigos. Su histórico prestigio es cosa del pasado, hoy sustituido por la condena, el menosprecio o el recelo de la enorme mayoría del mundo.

En lo moral, el ocultamiento o tergiversación de la verdad por el control o la manipulación de las informaciones, ha sumido a Chile en una aguda crisis

de credibilidad. Este grave fenómeno afecta especialmente a las autoridades, cuyas palabras y actitudes suscitan general desconfianza o escepticismo.

El egoísmo, el afán de éxito fácil y la falta de escrúpulos para enriquecerse han ganado a numerosos sectores de la población, mientras otros son presas -generalmente impelidos por las circunstancias- del ocio, el alcoholismo, las drogas o la prostitución. La seguridad personal y la vida misma no son valores que tengan efectivo resguardo entre nosotros.

Sería pueril desconocer la gravedad de estos hechos. No son ellos meros episodios de la contingencia, sino males profundos que comprometen seriamente el destino nacional.

#### IV.- SOBRE ESTRATEGIA.

¿Cómo hacer frente a esta gigantesca tarea?

Antes que nada precisemos las metas permanentes de nuestra acción política y el objetivo estratégico de la hora presente.

Más allá de las circunstancias propias de cada período histórico, los demócratacristianos estamos permanentemente comprometidos con el humanismo, la democracia y la transformación de la sociedad. Esa triple convicción nos separa de los materialismos, de los autoritarismos y de los totalitarismos, de las democracias "protegidas" y de las democracias "populares", del capitalismo neoliberal y del "socialismo real". Ser humanistas, demócratas y agentes transformadores de la sociedad constituyen rasgos característicos de nuestra personalidad política. Con ellos ligamos a la política los valores más altos, junto a la profundidad del sentimiento y de la voluntad humanas. Con ellos armonizamos la aspiración a un orden político estable con la permanente necesidad del cambio. Con ellos servimos mejor nuestra auténtica y decidida opción por los pobres.

Ahora bien, guardando fidelidad a esas aspiraciones permanentes, precisamos con claridad nuestro objetivo político estratégico en la hora actual: Queremos reconstruir la Democracia en Chile. Como condición y también como efecto de ese objetivo es indispensable poner fin a la Dictadura. A este respecto, reiteramos que la sola terminación del régimen actual no garantiza por sí sola la reconstrucción democrática. Todo depende de los medios que se empleen a dicho efecto y del concepto que se tenga de la democracia.

Entendemos la democracia como se la conoce y practica en el mundo occidental. Como las vivimos en nuestra Patria por más de siglo y medio. Con sus defectos y limitaciones, pero perfectible y en permanente progreso. El régimen en que la soberanía reside en el Pueblo, en que tanto gobernantes como gobernados están sometidos por igual a la ley, en que los gobernantes son elegidos por sufragio popular y su mandato limitado en el tiempo, en que la participación popular en política se canaliza a través de partidos, en que las funciones del Estado están divididas entre los distintos poderes y se mantiene entre ellos el debido equilibrio y en que, por sobre todo, se respeta y protege los derechos humanos.

Aceptamos que el reestablecimiento de la democracia no opera milagros. No obstante, afirmamos que jamás habríamos llegado a la extensión y profundidad de la crisis actual si no hubiéramos perdido la democracia; que bajo el régimen de fuerza a que estamos sometidos no existe posibilidad alguna de salir de ella, y que la recuperación democrática es el punto de partida de un gran esfuerzo nacional y solidario mediante el cual, con tiempo y sacrificios compartidos, los chilenos seremos capaces de restablecer nuestra sana convivencia, recuperar nuestro prestigio como Nación y superar la crisis integral que nos afecta.

Ahora bien, en el campo de la oposición a la Dictadura existen caminos diferentes que conducen a objetivos contrapuestos.

Para nosotros y para nuestros aliados el objetivo político estratégico es la Democracia y el camino para lograrla la vía pacífica o de la no violencia activa. Para los partidos agrupados en el MDP el objetivo es el "socialismo real" y la forma de conseguirlo es la vía de la violencia.

El PC, en el más reciente informe del CC al Pleno de esa organización, expresa textualmente:

"En el campo de la oposición se perfilan hoy más claramente, dejando en descubierto su esencia de clase, los dos proyectos básicos...: (el que propicia una salida democrática burguesa y el que propugna una salida democrática popular con vistas al socialismo...". Y agrega:

"... No caben confusiones en cuanto a la salida que buscamos y, por consiguiente, al tipo de poder que tratamos de generar a la caída del fascismo... se trata de sustituirlo por un poder democrático avanzado con miras al socialismo. Si como pudiere ocurrir, a la Dictadura sucediere un régimen burgés de tal o cual signo, la lucha continuaría en pos de cambios profundos y el movimiento dirigido por el Partido seguirá, de todas maneras, su curso independiente".

Y más adelante afirma el camino a través del cual pretende alcanzar el objetivo declarado:

"Un terreno en que hemos entrado a trabajar en estos últimos diez años es el militar y el paramilitar. Como partido, desde el Comité Central para abajo, el trabajo que se realiza en ese campo es asunto de preocupación y aprendizaje. Se ha formado el frente patriótico Manuel Rodríguez, cuya valiosa acción ha conquistado la admiración y el cariño del pueblo".

A buen entendedor pocas palabras...

#### La vía de la violencia.

La violencia está instalada en nuestro país en la pobreza, la falta de participación y oportunidades y la desesperanza de grandes sectores de nuestra población; y el régimen imperante es violento por su naturaleza y se sostiene por la fuerza y la represión.

No obstante, somos categóricos en rechazar la violencia, que predica y practica el PC., el MIR, el FPMR y otros, como forma de combatir la Dictadura. Entre otras, por las siguientes razones:

a) Hay una estrecha relación entre los fines que se persiguen y los medios que se emplean para alcanzarlos. La democracia y la paz que anhelamos no se construyen con la destrucción, el enfrentamiento y la violencia. Ningún pueblo ha vivido la experiencia de derrocar una dictadura por la vía de la fuerza e instaurado una democracia en su reemplazo. Los ejemplos de Cuba, Irán y Nicaragua son elocuentes.

b) Considerando el control que el régimen ejerce sobre las FF.AA. y de Orden, intentar su derrocamiento por la fuerza constituye un objetivo inalcanzable, que podría conducir a la guerra civil o al enfrentamiento armado y a la represión indiscriminada -con sus secuelas de dolor, destrucción y muerte- pero que no pondría fin a la Dictadura.

c) El terrorismo que se viene empleando en contra del régimen, lejos de debilitarlo, lo fortalece y genera en su favor la solidaridad de los sectores más moderados de la población, al punto tal que la represión contra ese tipo de violencia aparece como su única explicación.

d) Por nuestro origen, razón de ser y destino, la DC está llamada a ser agente de paz y no de violencia, de entendimiento y no de odio, de verdad y no de mentira.



La vía pacífica de la no violencia activa.

Si nuestro objetivo es recuperar la democracia debemos hacerlo con los medios conducentes y con los aliados con los cuales coincidimos esencialmente.

A dicha finalidad, postulamos, en primer término, la formación de una gran Concertación Nacional de la Civilidad por la Democracia, que integre a todos los que profesan el credo democrático y lo avalen con sus conductas concretas.

A dicha concertación deben converger todos los partidos políticos que cumplan esas condiciones, pero debe abarcar también a las organizaciones sociales, gremiales, sindicales, profesionales, de productores, estudiantiles, de pobladores, campesinos, mujeres y jóvenes.

No se excluye a nadie. Se excluyen a sí mismos los que respaldan la Dictadura y su proyecto de prolongarse en el tiempo, quienes buscan objetivos diferentes u opuestos a la democracia y aquellos que han optado por la vía violenta.

Se trata, no de un pacto político, electoral o de gobierno, sino de una concertación de la civilidad en el reclamo activo y pacífico de democratización. Sólo el entendimiento de la gran mayoría de los chilenos, por sobre sus naturales y legítimas discrepancias, -exigiendo la democratización

a nombre de la civilidad y no de uno o varios partidos -tendrá la fuerza necesaria para superar el temor y exigir el reconocimiento efectivo de la soberanía popular.

No es posible pensar que las FF.AA., que ocuparon el poder en un momento histórico muy difícil y se comprometieron entonces a restablecer la institucionalidad democrática, pudieran resistirse a devolverle el poder al pueblo, si la civilidad lo exige mayoritariamente y responsablemente.

También estimamos indispensable, en segundo lugar, plantear un proyecto histórico alternativo al de la Dictadura, que resuelva acerca de la transición, de la futura institucionalidad democrática y de la forma de abordar los más urgentes e importantes problemas del país. Por fracasada que esté la experiencia del actual régimen, todo país tiene aversión al vacío o la anarquía y requiere de una propuesta alternativa, real y posible para jugarse por el cambio. Dicho proyecto debe partir del reconocimiento de la dramática crisis en que el país se encuentra, proponer soluciones que -aunque impliquen sacrificios ciertos y compartidos- tengan un efectivo respaldo de los actores políticos, sociales y económicos. Para este efecto, ningún sector puede pretender imponer dogmáticamente a los demás sus particulares puntos de vista, sino que debe lograrse entre todos ellos un consenso efectivo que significará necesariamente desprendimientos por parte de todos en beneficio común del país.

La tercera condición, es la de generar y mantener una movilización social, eficiente y permanente, por medios pacíficos, que alcance y exprese a todos los sectores nacionales que aspiran lealmente a recomponer la convivencia democrática.

Dicha movilización pacífica debe abarcar no sólo a las fuerzas políticas y de trabajadores, sino también a las demás organizaciones sociales de profesionales, estudiantes, comerciantes, transportistas, pobladores, campesinos, pequeños y medianos productores, sin exclusiones.

Ninguna dictadura se desprende voluntariamente del poder para cederlo al pueblo, si éste no se moviliza para rescatarlo.

Algunos pueden confundir la vía pacífica con un camino cómodo, fácil o sin riesgos. Todo lo contrario. Se requiere más entrega, más coraje y más decisión para enfrentar la dictadura exponiéndose uno mismo, que colocando una bomba o disparando un balazo en la oscuridad o el anonimato.

Otros pueden pensar que el camino no es eficiente. También se equivocan. Gandhí liberó a la India del mayor imperio de su época y construyó la más populosa democracia de la tierra, sin disparar un solo tiro. Martín

Luther King obtuvo el reconocimiento de los derechos de los negros en los EE.UU. sin recurrir a la violencia.

Más cerca, en el tiempo y la distancia, los uruguayos han reconquistado la democracia a punta de protestas pacíficas.

Aún entre nosotros, las primeras movilizaciones pacíficas en 1983 tuvieron la virtud de arrancarle al régimen algunos reducidos pero importantes espacios de libertad.

De lo que sí estamos convencidos es que el camino que proponemos es el correcto, el que corresponde a nuestra expresión política y el único que conduce a la democracia.

#### VI.- LOS AGENTES DEL CAMBIO.

El cambio democrático que perseguimos no se va a realizar ni sin ni contra nosotros, pero tampoco lo vamos a lograr solos, sino en conjunto con los demás actores que conforman la comunidad nacional.

a) ACTORES SOCIALES.

Entendemos por movilización social como el reclamo de cada uno de los sectores de la sociedad por la solución de sus problemas específicos, los cuales no tienen adecuada atención dentro del régimen y reconocen, como común denominador, la necesaria democratización como el sistema dentro del cual esos intereses, legítimos pero a veces contradictorios, pueden armonizarse.

En este entendido, la protesta es sólo una expresión de la movilización, que será conveniente o no, según las circunstancias en que se dé.

La principales motivaciones de la movilización en la hora actual son el reclamo por la miseria, la degradación de las condiciones de vida, la censantía y la pérdida del poder adquisitivo de los trabajadores, el endeudamiento de los productores, la falta de expectativas de los jóvenes y los profesionales, la falta de seguridad personal y de respeto por la dignidad y la vida de los chilenos.

Para que las diversas manifestaciones de la movilización social tengan éxito y produzcan efectos, deben estar motivadas por situaciones reales y dramáticas como las descritas, realizarse por medios incuestionablemente pacíficos, tener un contenido democrático y contar con una conducción clara que garantice el cumplimiento de esas condiciones ante quienes son llamados a participar en ellas.

Al respecto, las primeras cuatro protestas nacionales de 1983, cumplieron esas exigencias y de ahí su indiscutible éxito. La decadencia de las que sobrevinieron se debió a que las mismas condiciones no se dieron de igual manera: se introdujo la violencia, existió confusión en la conducción, no hubo claridad en el objetivo democrático y faltó la eficacia de la acción. Al final, por causas que parcialmente nos son imputables, se melló un instrumento tan valioso creado por los trabajadores y el cual había sido abonado con el sacrificio de tantos chilenos.

De nuestra parte, la conducción de la protesta asegura la forma pacífica y la finalidad democrática. Los llamados y preeminente participación de quienes no concuerdan en ese medio y objetivo, confundió a la opinión pública y restó eficacia a la iniciativa.

La falta de capacidad de conducción demostrada por nuestros máximos personeros, permitió que cundiera la confusión y se resintiera la acción.

Los continuos cambios en la dirección operativa, sin justificación suficiente y desaprovechando la experiencia acumulada en jornadas anteriores, también frustraron en parte dicha movilización.

La ineficiencia en nuestra participación, reconocida durante el debate de esta campaña por el propio Presidente del Partido y muchos de sus representantes, nos ahorra mayores comentarios sobre la materia.

Con todo, queda en pie una discrepancia entre nosotros, de cuya solución pende la posibilidad de que la D.C. sea capaz de ejercer la conducción de la movilización social.

Todos convenimos en que el Partido respeta los organismos intermedios, no tiende a politizarlos y reconoce la libertad de los camaradas para dirigirlos o participar en ellos. Hasta ahí estamos de acuerdo. Pero nosotros sostenemos, que cuando los organismos sociales o gremiales intervienen en movilización de contenido y efectos políticos, los dirigentes gremiales D.C. están llamados a orientar su acción dentro de la línea del Partido. Incluso, en circunstancias graves, éste está en el derecho de darle instrucciones y aquéllos en la obligación de seguirlas, evidentemente con la prudencia y consideración debida a la situación de que se trate.

Si así no ocurriera, en materia propiamente políticas, estaríamos renunciando a la posibilidad de conducir la movilización, y no cabe duda que otros la asumirían por caminos que no son los de la paz ni conducen a la democracia.

El Comando Nacional de Trabajadores, por ejemplo, fue creado proposición de nuestro Frente de Trabajadores, como instancia para articular la participación de todas las organizaciones de trabajadores en la movilización, sin exclusiones, pero con clara preeminencia de quienes adhieren a la vía pacífica.

En cambio, la formación CORFASIN, del interior del Comando, -especie de asamblea popular integrada mayoritariamente por organizaciones de dudosa representación, pero de clara orientación violentista-, ha cambiado el cuadro anterior, significado la pérdida del control nuestro sobre las decisiones de la organización y, en los hechos, el traspaso de la conducción a mayorías con menor responsabilidad y en la línea opuesta a la nuestra. La fracasada protesta y paro que sirvieron de pretexto al Estado de Sitio que todavía nos rige fue adoptada por este nuevo organismo e impuesta a los dirigentes del Comando. El CORFASIN se gestó al margen del Frente de Trabajadores D.C. y de la Directiva Nacional.



Nos parece un ejemplo que prueba la necesidad de definir lo que es la movilización propiamente gremial y la que persigue finalidades políticas. Y convenir que en ésta los dirigentes sociales nuestros deben actuar en debida correspondencia con la Directiva Nacional de la D.C.

b) LOS AGENTES POLITICOS.

Para los efectos del objetivo democrático nos interesa, prioritariamente y con la mayor urgencia, lograr una concertación de todas las fuerzas políticas que luchan pacífica y activamente por la democracia.

Hacia la izquierda y hacia la derecha de la DC y de la AD, hay sectores políticos, tales como el bloque socialista o los actuales nacionales, que deben participar del consenso democrático. Hacia uno y otro extremo quedan excluidos, por propia decisión o posición, quienes sostienen la Dictadura, quienes buscan objetivos estratégicos opuestos a la Democracia y quienes recurren a la violencia para lograr sus metas.

LA ALIANZA DEMOCRATICA

La Alianza Democrática ha sido un objetivo compartido por todos nosotros. Más aún, ha sido un acto de lucidez y generosidad políticas para superar

//

antiguas y odiosas discrepancias con otros, en pos del objetivo democrático común.

No obstante, sería torpe desconocer el retroceso sufrido por la Alianza en estos últimos tiempos en la consideración de los propios asociados y, sobre todo, en el juicio público.

La reaparición de viejos vicios y protagonismos que creíamos desterrados de nuestros hábitos políticos; una anacrónica y burocrática estructura -con presidencias rotatorias y sedes itinerantes-; un espíritu de competencia más que de la colaboración entre sus máximos dirigentes; pretensiones fuera de la realidad y carencias en la conducción, han hecho que la organización pierda fuerza y eficacia.

La AD debe, además de superar estos defectos, aclarar sus verdaderos objetivos. Hay miembros que han sostenido que pertenecen a ella por razones tácticas y a otro acuerdo político por razones estratégicas, o que están dispuestos a acompañar a sus socios sólo hasta Chillán y no hasta Puerto Montt. A nuestro juicio, la alianza debe caminar hacia una alternativa de gobierno para la democracia, o bien, si ello no es posible, transformarse simplemente en una multipartidaria cuya vida termina con este régimen.

En uno y otro caso, la existencia de la Alianza y nuestra leal participación en ella no pueden significar una pérdida de nuestra propia identidad. Por el contrario, así como nosotros quisiéramos tener en ella a todo o la mayor parte del socialismo, que los radicales participaran en una mayor unidad y que los republicanos fueran más poderosos, todos ellos tienen el derecho a exigimos y, con mayor razón nosotros mismos, afirmar nuestra personalidad y expandir nuestra organización para responder a nuestros objetivos y a los de la Alianza.

Por último, excúserme la franqueza, concuerdo con lo expresado formalmente por el PS, en el sentido de que el largo inmovilismo de los últimos meses en que ha caído la DC ha paralizado a la AD.

Dos razones, a nuestro juicio, han contribuido a esa situación: la primera, es el agotamiento de la estrategia, inicialmente exitosa, de la actual conducción partidaria y la carencia siquiera de proposiciones para su sustitución. Prueba de ello es que la candidatura del actual Presidente Nacional fue la única que, al cumplir las exigencias estatutarias para inscribirse, no hizo ninguna nueva proposición sino que se basó en los documentos de consenso, que, obviamente, no resuelven el problema.

La segunda, es la injustificada prolongación del proceso democratizador, durante el cual las mayores energías de todos han estado concentradas en la campaña interna y no en la lucha contra la dictadura.

Sinceramente, el desempeño de la AD y nuestra conducción en el último año y medio han servido de balón de oxígeno para facilitar la prolongación de la Dictadura, eventualmente más allá del 89.

#### EL MDP Y EL PROBLEMA COMUNISTA.

Es obvio que el problema del país es la Dictadura y sus efectos en el país y no el problema comunista. Con todo, la acción violentista emprendida por éste lo transforma en un elemento importante, considerado precisamente en función de la necesidad de terminar con el régimen y acceder a la democracia.

Nadie responsablemente en esta Junta o en el Partido puede sostener que haya camaradas procomunistas o "anticomunistas". La DC tiene una tradición clara frente al problema. Ha sido el único partido que, simultáneamente, ha reconocido siempre el derecho a la existencia legal de los comunistas y jamás ha gobernado o realizado pactos políticos nacionales con ellos.

Los emplazamientos con que hoy nos persiguen los agentes de la Dictadura y sus seguidores no son nuevos. En mayo de 1948, durante la discusión de la Ley de Defensa de la Democracia, Tomic sostenía en la Cámara de Diputados: "Desde hace años gran parte de la prensa de derecha y desde hace un año o más, casi todos los diarios de derecha e izquierda, de gobierno o de oposición, nos presentan como "pro-comunistas", "apéndices del comunismo", "cripto-comunistas", "peores que los comunistas...".

Cuarenta años después continúa la misma monserga. Lo cierto es, ayer como hoy, somos víctimas de nuestra propia consecuencia, lo cual no debe sorprendernos, sino llenarnos de orgullo.

Consecuentes con lo que siempre hemos pensado, rechazamos la proscripción legal de cualquier grupo político por sus ideas. Nos apoyamos para ello, además, en el ejemplo de las grandes democracias y en el fracaso de las dictaduras "anticomunistas".

Tampoco aceptamos que, a pretexto de combatir a los comunistas, se violen los derechos esenciales de ningún ser humano y menos que se les degüelle, torture, exilie o encarcele, y solidarizamos activamente con las víctimas de la represión.

Nuestra discrepancia política con los comunistas se basa en el contrapuesto concepto que tenemos de la democracia, en el valor absoluto y no relativo que asignamos a los derechos del hombre y en nuestro rechazo a la violencia que ellos predicán y practican.

Pinochet y los comunistas han optado por la violencia, se han declarado la guerra y están sometiendo al país a un peligroso enfrentamiento que contradice la voluntad de la gran mayoría de los chilenos de encontrar caminos de paz para construir la democracia.

¿Qué sería de Pinochet, cuál la justificación de su gobierno y su discurso, si los comunistas no existieran o guardaran una conducta pacífica?. Tendría que inventarlos para justificarse. ¿Quién ha creado mejores condiciones para el desarrollo del PC que el régimen de Pinochet?. La Dictadura es el mejor agente de reclutamiento que tiene hoy el PC.

Frente al PC y los grupos violentistas reiteramos nuestra decisión de no celebrar pactos políticos, electorales o de Gobierno con ellos; de rechazar y denunciar, los actos terroristas que de ellos emanen; de ser consecuente en los hechos con nuestras afirmaciones al respecto, rechazando la concertación de CUPOS (como en Puerto Montt), la realización de elecciones conjuntas de significación política (como en la FECH), las "mesas de concertación", las reuniones como la de Mendoza u otras acciones similares.

Esas iniciativas estimulan a quienes al interior del partido no comparten la línea oficial y consensualmente definida, desorientan a la opinión pública, distorsionan ante ella nuestra imagen y proveen a los agentes de la dictadura de argumentos en contra nuestra.

c) DE LAS FF. AA.

Durante el debate de la campaña que ahora termina nos hemos atrevido a plantear la necesidad de que la DC defina su visión acerca de las FF.AA. y de Orden.

Ello es importante, no sólo porque sobre ellas recae la responsabilidad institucional del régimen vigente, sino porque constituyen un factor inseparable de la normalización democrática.

Nuestra relación con las FF.AA. ha sido, históricamente, una sucesión de desinteligencias y desencuentros, recíprocos y lamentables. Y durante el régimen actual de clara contradicción.

A ello han contribuido no sólo los conflictos inevitables durante esta época, sino factores derivados de diferentes mentalidades enraizadas en las respectivas subculturas, errores cometidos durante nuestra Administración y la carencia de una definición política nuestra al respecto.

En la hora actual es una falta grave a la responsabilidad política, de nuestra parte y de la civilidad, seguir eludiendo el tema.

Es urgente e importante definir una política sobre Defensa Nacional y sobre la participación de las FF.AA. en la futura institucionalidad democrática y diseñar una estrategia acerca de nuestra relación con ellas con miras al tránsito pacífico y ordenado hacia una verdadera democracia.

Con toda lucidez, se debe reconocer el hecho de que las FF.AA. respaldan al régimen militar, que detentan las fuerza y que la salida pacífica hacia la Democracia pasa inevitablemente por alguna forma de acuerdo de la civilidad con ellas. Así lo demuestran, sin excepciones, el proceso democratizador de América Latina y, muy especialmente, los ejemplos de Argentina, Uruguay y Brasil.

El ex Presidente DC de Venezuela Luis Herrera, señalaba recientemente que "... ahora la democratización es dirigida por los propios militares bajo la presión popular..."

Por su parte, el general Liber Seregni, líder de la izquierda uruguaya y encarcelado largo tiempo por la dictadura de su país, al recuperar su libertad, -con coraje político y visión patriótica-, llamó a sus partidarios y al Pueblo a respaldar el acuerdo cívico-militar que permitió al Uruguay recuperar la democracia.



Nuestra propuesta es la de definir una política y convenir una estrategia. Reconocer el problema y abordarlo. Esta tarea no corresponde a un sector del Partido, por importante o numeroso que sea, sino que, -por lo delicado, complejo e importante de la materia-, debe ser tratada en el más amplio consenso posible.

Hemos sugerido y reiteramos la necesidad de designar una Comisión de dirigentes y expertos del más alto nivel y representatividad, para que formule proposiciones al respecto, las cuales deberán ser sometidas a la decisión de las más altas instancias partidarias.

d) LA IGLESIA CATOLICA.

Por la grave situación que vive el país, la Iglesia Católica chilena ha desempeñado un papel relevante en la vida pública que nunca antes tuvo necesidad de realizar.

Todos los chilenos, creyentes o no creyentes, las actuales generaciones y las futuras, reconocen y reconocerán que, como en la parábola del Buen Samaritano, la Iglesia ha defendido, con decisión y sin renuncias, los derechos humanos conculcados en tantos chilenos, fruto, de la represión, el terrorismo y la violencia.

Símbolo de esta posición ha sido la figura, tan querida para nosotros, del Cardenal Raúl Sival Henríquez.

La Conferencia Episcopal ha analizado y juzgado nuestra realidad, desde el punto de vista evangélico, en documentos como "El Renacer de Chile" (1982), "Un Camino Cristiano" (1983), "Evangelio, Etica y Política" (1984) y tantos otros, que son los mejores y más objetivos testimonios de esta triste era de nuestra historia.

Más aún, el Arzobispo de Santiago, Monseñor Fresno, intervino para tender un puente de diálogo que permitiera una salida racional y pacífica a la situación por la que atravesamos.

El propio Papa, Juan Pablo II, en reiteradas ocasiones, se ha referido al "caso chileno" y llamado a la reconciliación en la verdad, la justicia y la libertad.

La reciente consagración del nuevo Cardenal de la Iglesia Católica chilena aumenta su prestigio y su poder moral. Dentro de la línea trazada por el Episcopado nacional, sugerimos la posibilidad de que la Iglesia pueda asumir el papel de mediador para el efecto de convenir un tránsito pacífico, cierto y breve hacia la democracia.

Así como el Vicario de Cristo medió entre Chile y Argentina y, en definitiva, ganó la paz para ambos pueblos; también la Iglesia chilena puede mediar para conquistar la paz y la unidad entre nosotros.

VIII.- DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA.

Como lo he repetido durante la campaña interna, la DC es más que una mera organización política. Es una subcultura. A través de todo el país y en las más diversas actividades, hay hombres, mujeres y jóvenes que piensan, actúan y valoran como nosotros.

Ello justifica, desde hace décadas y no sólo en los últimos años, el respaldo popular a nuestras posiciones y dirigentes, que se ha mantenido a pesar de la proscripción y de la persecución.

Esta condición nos impone una grave responsabilidad en orden a ser capaces de proveer al país de una solución pacífica y no violenta, racional y no irracional, política y no militar para transitar de la Dictadura a la Democracia.

Para responder a este desafío debemos cumplir determinadas condiciones y tareas, que me atrevo a resumir en las siguientes:

En primer lugar destacamos la unidad. Es uno de los valores que hemos mantenido y acrecentado durante esta difícil época. Es nuestro gran capital y no estamos dispuestos a dilapidarlo.

Entendemos la unidad basada en el respeto recíproco y en la legítima diversidad de opiniones. Nada tiene que ver con la uniformidad, absolutamente inapropiada en un partido democrático.

La unidad supone la adhesión a nuestros principios, el cumplimiento leal de la estrategia determinada y el acatamiento disciplinado a las resoluciones de las autoridades competentes. Supone también la fraternidad y solidaridad entre los camaradas, por encima de y con respeto por las legítimas diferencias.

En segundo lugar, es necesario acatar la disciplina partidaria. Pertenece a un Partido respetuoso de la conciencia personal y abierto a la pluralidad de opiniones. Sin embargo, un partido político sólo puede operar eficientemente en la medida en que sus militantes, cuya afiliación ha sido libre y voluntaria, se ajusten a normas claras de disciplina interna. La indisciplina de un militante entorpece la acción del Partido, constituye una falta de respeto a la camaradería interna y favorece a nuestros adversarios. En la DC no existen camaradas con fuero para actuar por su cuenta, ignorando instrucciones o contraviniéndolas abiertamente. Desgraciadamente, en la práctica así ha acontecido y la autoridad del Partido no ha actuado con la necesaria prontitud, serenidad y firmeza para afrontarlas.

En tercer lugar, debe velarse por la eficiencia en el cumplimiento de las decisiones que el Partido acuerde en sus organismos regulares. Es costumbre que muchos acuerdos no se cumplan sin justificación o que no se realice la evaluación de su cumplimiento. Evidentemente, existe una relación entre el tipo de decisiones y la capacidad de recursos humanos y materiales para ejecutarlos y probablemente el partido tenga déficit en algunos de estos aspectos. Sin embargo, es justo afirmar que la Democracia Cristiana cuenta con una gran cantidad de militantes capacitados que no son llamados a cumplir tareas concretas. El Partido debe aprovechar todo su potencial humano, más allá de la afinidad de opiniones existente entre los militantes.

Ligado a la eficiencia para cumplir los acuerdos debe considerarse el respeto a las estructuras regulares del Partido. Debido a las restricciones de estos años es probable que las decisiones hayan debido concentrarse en equipos informales ligados a la directiva nacional. Pero ello es inaceptable a partir del momento en que el Partido se ha dado autoridades elegidas por la base y cuenta con un estatuto que establece las facultades de los distintos órganos en sus diversos niveles.

En cuarto lugar, el Partido requiere afrontar con especial dedicación y urgencia la formación masiva de militantes y de dirigentes.

Este tema lo hemos tocado, como les consta a muchos de Uds., en la mayoría de las Provincias del país y muchas comunas de Santiago en donde se plantea con insistencia justificada.

Parece inexplicable que en los últimos años no hayamos destinado mayor atención a este problema tan fundamental, especialmente para un Partido de ideas y principios como el nuestro.

En quinto lugar, el Partido debe mejorar sustancialmente su comunicación interna y externa. En lo interno a través de mecanismos para que la militancia participe en las decisiones que afecten de un modo general al Partido o tengan proyecciones para el país. Los llamados a protestas, por ejemplo, podrían haberse evaluado mejor en la medida en que nuestra dirigencia hubiera contado con una muestra representativa del criterio de las bases. Parece ser una buena experiencia el sistema de encuestas que permite a los militantes entregar sus criterios a quienes toman las decisiones.

Hacia el exterior, el partido debe agilizar y desconcentrar su comunicación. Es necesario que la DC reaccione prontamente ante cualquier suceso de importancia para orientar a la militancia a divulgar su opinión ante todo el país. Es conveniente nombrar voceros en determinados campos para cumplir con esa función, con lo cual se obtiene mayor agilidad en la difusión de nuestras posiciones.

En sexto lugar, el Partido debe actuar con consecuencia. Se requiere estrictez para mantener la correspondencia entre las definiciones y las acciones, entre las declaraciones y los hechos. No debe haber divorcio entre el discurso y nuestro quehacer político.

Se trata de cumplir y ejecutar efectivamente los acuerdos para dar consistencia a nuestra línea política, orientar a los militantes y mantener la confianza en nuestra conducta.

Debe evitarse toda acción que distorsione la línea política acordada y conocida por los militantes y el país.

Desde el punto de vista y no de otro, el pacto con el PC para la elección de la Fech, cuya importancia política nadie puede desconocer, que fué refrendado por la mayoría de la Directiva Nacional, constituye un acto que contradice el consenso, causa desorientación en la militancia y distorsiona nuestra credibilidad ante el país.

En séptimo lugar, queremos al Partido con presencia en todo acontecimiento relevante para la vida nacional y que efectivamente asuma el rol conductor que le corresponde.

Son muchas las iniciativas importantes de las cuales hemos estado inexplicablemente ausentes o a las cuales hemos llegado tardíamente, como ocurrió con la campaña que patriótica y visionariamente impulsó Tomic en defensa del cobre. Espero que no ocurra lo mismo con su tenaz posición ahora en defensa de la soberanía nacional y en contra del establecimiento de una base norteamericana en Isla de Pascua.

Para nadie es un misterio, mal disimulado por los efectos del Estado de Sitio, el inmovilismo, la falta de iniciativa y la paralización del Partido y, como consecuencia, de la Alianza Democrática por varios meses.

Una sensación de frustración invade a muchos camaradas y el escepticismo hace presa fácil a muchos chilenos que ven cómo se ha afirmado en el último año y medio el Dictador, que se apresta a su reelección en 1989, y cómo ha decaído la iniciativa, la capacidad creadora y el empuje de la oposición democrática.

En octavo lugar, quisiéramos expresar la necesidad de una transparencia en el uso de todos los recursos humanos, técnicos, financieros y académicos de que dispone el partido, en la instancia adecuada y con la debida reserva, a fin de que quienes manejen esa responsabilidad tengan y puedan transmitir la convicción de que esos medios son empleados en la forma más adecuada a nuestros objetivos prioritarios.



Por último, creo que el Partido debe abordar con generosidad y realismo la necesaria renovación de su conducción.

No puede existir duda sobre la inapreciable labor cumplida por los dirigentes del Partido en estos doce años, especialmente respecto de aquellos que han sufrido con más rigor los excesos de la Dictadura. El día en que Chile recupere su democracia se apreciará en toda su magnitud la dimensión de ese esfuerzo. Ese reconocimiento, sin embargo, no nos puede cegar ante un hecho cierto y preocupante: el Partido se encuentra prácticamente paralizado y para una gran parte de los chilenos es difícil poder advertir el sentido de nuestro mensaje o la viabilidad de nuestras proposiciones para reconstruir la democracia.

La gravedad de esta situación no puede explicarse sólo por la dureza del régimen. También hay que buscar las causas en la falta de definición en torno a las opciones estratégicas y a las medidas que deben adoptarse en relación con las estructuras y funcionamiento del Partido. En tanto

abordemos seriamente esos problemas y adoptemos las decisiones adecuadas, estaremos señalando a los chilenos el curso de nuestras posibilidades y limitaciones para contribuir al progreso del país. Todos los chilenos sabrán entonces a qué atenerse con la DC.

Postulamos a dirigir el Partido en los próximos dos años, siguiendo una antigua y sana tradición nuestra y propia de la democracia que profesamos. Todos hemos iniciado nuestra vida partidaria desde la juventud y hemos cumplido las más variadas responsabilidades públicas e internas. Sabemos, por lo tanto, que el derecho a una responsabilidad ha sido considerado siempre como una decisión respetable y exigible a todo camarada.

Creemos que la responsabilidad de participar en el proceso se hace particularmente necesaria en las actuales circunstancias. Se requiere movilizar al Partido para movilizar al País. Es necesario renovar al Partido para renovar al País. Es preciso producir un cambio entre nosotros para contribuir al cambio en el País.

&"&"&"&"&"&"&"&"&"&

Al terminar esta intervención quiero hacer un reconocimiento al esfuerzo, trabajo y sacrificio de tantos camaradas que han sostenido nuestra organización en estos tiempos difíciles, que han respondido de nuestro desarrollo y que han hecho posible este encuentro. A los que con coraje y decisión, han defendido los derechos esenciales del hombre conculcados en tantos compatriotas. A los que por su testimonio y acción, han soportado la cárcel, la

//

relegación, el destierro o la injustificada postergación. A los que, con claridad y decisión, no han desperdiciado oportunidad o tribuna para defender y exaltar nuestros valores. En fin, a todos los que de mil maneras han contribuido al milagro de nuestra vigorosa sobrevivencia en la adversidad y al acrecentamiento de las esperanzas de los chilenos en que juntos alcanzaremos días mejores para nuestra Patria.

Nadie se sentirá excluido si resumo mi homenaje y admiración a todos y cada uno de ellos, en el recuerdo de quien participara en la gestación de nuestro movimiento y contribuyera decisivamente a impulsarlo hasta lograr la conquista de la confianza y el afecto populares.

Me refiero al Presidente Eduardo Frei.

Fue nuestro camarada y amigo. Nuestro líder y conductor en las horas de vigilia, en los momentos de triunfo y también en las derrotas. El mejor testimonio de un político cristiano.

Su trayectoria, sus enseñanzas, su obra como dirigente, Ministro, Senador y Presidente de todos los chilenos y, por sobre todo, el ejemplo de su vida, están enmarcados en la profunda consecuencia con nuestros ideales del humanismo cristiano y el leal servicio a nuestro Pueblo.

Así ha sido reconocido, no sólo por nosotros, sino también por otros que, más allá de nuestra colectividad y de nuestras fronteras, valoran su talento, sus realizaciones y su consecuencia con los ideales que justificaron su vida.

En esta ocasión, en la cual -por primera vez en los cincuenta años transcurridos desde la creación de la Falange Nacional hasta nuestros días-, el camarada Eduardo Frei no está presente, su espíritu y su ejemplo debieran animar nuestros debates e iluminar nuestras decisiones.

Frei ya no pertenece más sólo a sus familiares, a sus amigos, a sus colaboradores más cercanos y a sus camaradas de ideales. Es parte de nuestra historia y gravitará en nuestro porvenir. Pero también pertenece ahora al acervo de los demás demócratas de Chile y de América Latina.

Camaradas, estoy seguro, que su recuerdo, aquí y ahora, sirva como un factor de efectiva unidad entre nosotros y de consecuencia con nuestro origen, misión y destino, tal como lo fuera para todos los presentes, su vida y su obra.

Somos depositarios de la confianza y el respaldo de miles y miles de chilenos que ven en nosotros, en nuestra historia, en nuestro gobierno, en nuestra lucha incansable por los derechos esenciales, la mejor esperanza de reconquistar la libertad, de transformar la sociedad, de alcanzar la reconciliación, la unidad y la paz.

Tengamos confianza en nuestra capacidad de servir esos valores y en responder a la confianza popular. Así estaremos, con nuestra lucha de hoy, construyendo la democracia del mañana.

JUAN HAMILTON D.  
Punta de Tralca, 31.V.85.